

## La Francia de finales del siglo XVIII en el *Diario de viaje* del ilustrado español José Viera y Clavijo

Rafael PADRÓN FERNÁNDEZ  
Universidad de La Laguna

Los relatos de viajeros de la Ilustración han ido suscitando un creciente interés en el campo de la investigación en vista de los productivos trabajos que se han venido desarrollando en los últimos años. Si bien esta labor ha relegado más a un segundo plano los relatos de viajeros españoles ante el mayor peso de la literatura de viajes extranjera a nuestro país, el estudio de las descripciones de los itinerarios europeos realizadas por españoles no ha dejado de ir adquiriendo una progresiva –aunque lenta– atención dentro de los estudios dieciochescos, a medida que se ha ido ampliando el conocimiento del corpus de escritores españoles protagonistas del *Grand Tour* europeo. Con ello va tomando nuevas y diversas matizaciones la opinión de Marañón sobre los libros de viaje, los memoriales y los epistolarios como “punto flaco de la literatura española” (1959: 12). Son relevantes en este sentido las ya clásicas aportaciones realizadas por Sarrailh (1954), Gómez de la Serna (1974), y las más recientes de Fabbri (1996), García-Romeral (1997 y 2004), Álvarez de Miranda (1995), entre otros, así como artículos especializados sobre determinados viajeros españoles de aquella centuria. Pero, ante todo, el paso más relevante a nivel filológico lo constituyen las ediciones o reediciones de textos que se conservaban aún manuscritos o impresos en libros que, con polvo y olvido, permanecen en el silencio de los antiguos anaqueles de bibliotecas setecentistas. Es innegable el valor para la historia de la letras hispánicas que ha supuesto el rescate de los textos viajeros de Moratín (1991), del marqués de Ureña (1992), de Antonio Ponz (1989) o del abate Juan Andrés (2005).

Los Diarios de viajes a Europa que protagonizó el abate canario José Viera y Clavijo en la segunda mitad del siglo XVIII han sido evaluados por la crítica como un período esencial en su formación ilustrada en el proceso de asimilación de otra cultura (Galván González, 1999: 65). En concreto, sus *Apuntes del Diario e itinerario de mi viaje a Francia y Flandes (1777-1778)* vienen a ser un fiel reflejo de esta etapa formativa por el espíritu afrancesado que impregna, aunque de forma implícita, las palabras de su autor. La etapa francesa le permitió conocer *in situ* la realidad palpable de aquellos ideales intelectuales y de progreso cultural idealizados desde su juventud en Tenerife. Viera (2004: 21) es consciente de “vivir en el siglo de las luces en que muchos no viven”. Reunía desde su etapa en Canarias, antes de marchar a Madrid con 39 años, todas las cualidades necesarias que la preceptiva viajera de la época –dispersa en diversas obras de autores como Fernán-Núñez, Clavijo y Fajardo, Jovellanos o Cadalso, inspirados por el concepto del “savoir voyager” rousseauiano– imponía al viajero filósofo que iniciaba una fructífera andadura por tierras extranjeras. El origen del interés que Viera y Clavijo mostrará por la ciencia en París y posteriormente a su regreso a Madrid en el gabinete del marqués de Santa Cruz y, quizás de forma más sistemática, a su vuelta a Canarias, puede remontarse al período educativo en el convento de San Benito de La Orotava, donde a pesar de las anquilosadas enseñanzas de “los miserables

estudios” de Filosofía Peripatética y Teología Escolástica, denostados por nuestro autor, es relevante el hecho de que la ciencia parece “preocupar a los religiosos dominicos orotavenses, lo cual no es un hecho muy común dentro de la orden” (Hernández González, 2004: 378). A pesar del desconocimiento documental que tenemos acerca de la identidad de los profesores de nuestro abate ilustrado, hay que destacar la influencia del padre Feijoo, cuyas obras se encontraban en aquel convento, le hizo llegar a su razón “otro nuevo mundo científico, y a su espíritu otros inmensos horizontes” (2004: 21). Su participación en la tertulia ilustrada del V marqués de Villanueva del Prado (Roméu Palazuelos, 1977), a la que Viera se incorporaría a partir de su traslado a La Laguna y de la que llegaría a ser el centro de atención, supuso otro hecho de especial repercusión en su formación afrancesada, pues en ella, como en otras tertulias aristocráticas de la época, se hacía gala del elemento francés como ambiente propicio para el debate de las nuevas ideas ilustradas. La tertulia contaba además como base documental y argumental con una célebre biblioteca, en la que Viera tuvo a su alcance “una literatura que estaba de moda y unos libros y autores de los cuales todos hablaban” (Cioranescu, 1954: 209). En un pasquín de la época, se acusaba a los miembros de la tertulia de leer “la *Phísica* de Nolet, y la *Historia* de Voltaire, herege de primera clase”, así como el libro “de la Tolerancia de monsieur Rouseau, que son heregías y sus autores atheístas, y están excomulgados los que los leen, y los que los oyen para aprender de ellos”<sup>1</sup>. En Madrid, como ayo del hijo del marqués de Santa Cruz, Viera continuó viviendo en un ambiente afrancesado, en donde a pesar de las frivolidades de la corte, pudo contar no sólo con la protección, sino con la amistad de don José Joaquín de Silva y Sarmiento (1734-1802), IX marqués de Santa Cruz, noble despreocupado por la política cortesana y más interesado por cuestiones de Filosofía, Historia Natural, Física y Química y, desde muy joven, gran comprador de libros (Padrón Fernández, 2006: XXII-XXIV). De hecho, hay que destacar que en su biblioteca particular descollaban las Obras Completas de Voltaire, la *Encyclopédie*, y entre libros de índole científica, el *Essai sur l'électricité des corps* del abate Nollet, además de diversas ediciones de la literatura del Gran Siglo<sup>2</sup>.

Así pues, cuando Viera visita Francia, iba, en expresión de Clavijo y Fajardo<sup>3</sup>, con todos los abonos necesarios para la idónea “transplatación” del español a territorios extranjeros. Su *Diario de viaje* supone en este sentido, y así lo ha puesto de relieve la crítica especializada, la total asimilación de una cultura a la vez francesa y europea (Ríos Carratalá, 1995: 663). Nuestro autor poseía un sólido conocimiento previo de la nación que iba a visitar que le impediría caer en las frivolidades imitativas y en el esnobismo de convertirse en un nuevo erudito a la violeta. El viaje a Francia y Flandes tenía, según confiesa el propio Viera en sus *Memorias*, como principal pretexto el proporcionar a la hija de los duques del Infantado, casada con el marqués del Viso, pupilo de Viera, la toma de los baños de Spá, que los médicos habían considerado muy oportunos para la perfecta convalecencia de las viruelas que habían afectado la salud de

<sup>1</sup> *Historia de arriba y abajo* atribuida a F. Bernardo del Castillo y Alferes Pedro Bautista, recogida por A. Millares Carlo y M. Hernández Suárez (1992: 657).

<sup>2</sup> Vid. “Librería del Exmo. S.<sup>or</sup> Marqués de Santa Cruz (que en paz descanse) que existe en su casa”, documento que recoge el inventario que se hizo de la biblioteca de aquel noble madrileño, tras su muerte, conservado en la *Testamentaría del IX marqués de Santa Cruz*, Archivo Santa Cruz, caja 217, exp. 1.

<sup>3</sup> *El Pensador*, 1762-1767, tomo II, 160-161. Seguimos la edición facsimilar de 1999.

la joven noble. “Debía por consiguiente acompañarles su marido el marqués del Viso, y el señor marqués de Santa Cruz quiso que no faltase del lado de este joven D. José Viera, en una expedición tan interesante” (2004: 36-37). Pero de hecho, parece que el viaje a Francia venía a ser la materialización de un deseo, el de la duquesa del Infantado, María Ana de Salm-Salm, por estar en París, centro de moda europeo, a la vez que lugar no muy alejado de su familia austríaca, los príncipes de Salm-Salm. Su marido, don Pedro de Toledo y Silva, rendido a los quereres de su “soberana” (Arteaga y Falquera, 1940: 212), accedió al deseo de su esposa de pasar una temporada en la capital francesa, por lo que el Duque tuvo que nombrar apoderado de sus haciendas y negocios en España a su primo el conde de Fernán-Núñez<sup>4</sup>. Al viaje se suma el valenciano Antonio José Cavanilles, el que luego llegaría a ser ilustre botánico, a la sazón, ayo de los hijos de la Casa del Infantado. Nada más pasar la frontera, en Bayona, el 7 de julio de 1777, nuestros dos abates, Cavanilles y Viera, cambian su “aspecto gótico”, acudiendo a un peluquero francés que “les peinó y rizó al uso de los abates de Francia”. Esta “gallomanie vestimentaire”, utilizando la expresión de Pageaux (1966: 1207), fue muy criticada por algunos ilustrados españoles, por cuanto se vinculaba frecuentemente a los veleidosos dictados de la moda. Así el conde de Peñafiorida habla de aquellos hombres “vestidos a lo parisien, peinados a lo rinocerón o en *ails de pigeon*, y empolvados como unos ratoncitos de molinos”<sup>5</sup>. El sevillano Diego Alejandro de Gálvez y Canzado, según leemos en su *Itinerario Geográfico*<sup>6</sup>, se sometía a esta *tournure*<sup>7</sup> francesa a regañadientes: “Antes de salir, con bastante repugnancia, me sujeté a sufrir media hora de martirio en el rizado del pelo; hasta aquí me defendí de sujetarme a esto, no tanto por la molestia cuanto por repugnante al estado sacerdotal semejantes pelucas y afeites. Vine a consentir en ello por ver que hasta los Obispos usan de tan excusado como impropio adorno; y por no singularizarme al tiempo que mis compañeros aparecían rizados y ensortijados los pelos y cubiertos de polvos” (*apud* Aguilar Piñal, 1961: 37-38). Viera y Cavanilles, aceptan, sin embargo, gustosamente este cambio de *look* y, de hecho, el abate canario añorará a la vuelta de sus viajes europeos aquel estado de refinamiento en sus vestimentas y modernos aires al gusto francés: “Entonces yo era todavía un Monsieur l’Abbé, bien peinado, con brillante

---

<sup>4</sup> Fruto de la larga estancia del Duque en París, existe una amplia correspondencia con Fernán-Núñez, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional [A.H.N.], Nobleza, Fernán-Núñez, leg. 787/4.

<sup>5</sup> *Los aldeanos críticos o cartas críticas sobre lo que verá* (1758), obra polémica con el padre Isla, supuestamente escrita por el conde de Peñafiorida y sus amigos Joaquín de Eguía y Manuel de Altuna (*apud* Sarrailh, 1992: 438).

<sup>6</sup> El manuscrito original de 1755 se encuentra actualmente en la Biblioteca Universitaria de Sevilla. Nueve años más tarde, su autor decidió realizar una revisión del texto que daría lugar a un nuevo escrito más amplio, en dos tomos, conservado en la Biblioteca Colombina (Aguilar Piñal, 1961: 10). Nuestras citas remiten a las páginas de este artículo de Aguilar Piñal, en donde su autor recopiló un extracto de fragmentos a partir del manuscrito de La Colombina. Hay edición moderna realizada en Sevilla, Cabildo Metropolitano de la Catedral de Sevilla, 1996, cuya transcripción y adaptación corrió a cargo de A. Segura Morera, Pilar Vallejo Orellana y J. F. Sáez Guillén.

<sup>7</sup> Es el término empleado por el marqués de Ureña quien, en su viaje a Francia, también se sometió a este cambio de imagen, adaptándose a la moda parisina: “Y como el que en aquella Corte no toma en traje, peinado, aptitudes y gesticulaciones o lo que llaman la *tournure* (que no sé si diga contorneo español), es mirado como animal de otra especie, nos fue preciso ponernos en manos de los antedichos personajes y ponernos con una perfecta resignación para transformarnos, como vi el mismo día a algunos paisanos míos, que me parecieron en máscara” (1992: 185).

calota, y mui solemne Rabat; pero ahora, no soy, sino un pobre Cura motilon con hopalandas: *Sic transit gloria mundi*”<sup>8</sup>. Ésta es una de las primeras constataciones de la idealización de la cultura francesa que puede rastrearse en el *Diario de viaje* de Viera, y que se hace más explícita en la correspondencia de nuestro autor. Así, en una carta dirigida a su amigo Antonio Capmany, el clérigo canario declara lo siguiente:

[...] hái mucho que decir de este inmenso pueblo, donde, aunque tal vez no se vea nada de nuevo, se ven todas las cosas en grande, y lo grande admira. Protesto, que no quiero que huela a elógio la idea que fórho de París, ni que parezca ligereza de un nuevo Abate empolvado la satisfaccion que me ocasionan muchas excelentes circunstancias que vói notando; mas sin embargo Amigo, es menester confesar, aunque Español sabidor de la Historia de Carlos v, que el Género humano tiene aquí el Monumento mas incontestable de su perfectibilidad, esto es, de los progresos de su civilizacion y de su industria, que otros no dudarán llamar corrupcion, licencia, refinamiento, luxo, y vida sensual. Quanto celebraría yo que fuese V. testigo de esta sensualidad del gusto, de esta corrupcion de las ciencias, de este luxo de todas las artes, y de este refinamiento de la Sociedad, para condenarlo despues en médio de Castilla la Vieja, en cuyos Lugares, como solemos leér en nuestra Académia, hái siete vecinos y medio, un zapatero de viejo, veinte pobres de solemnidad, quatro reses vacunas, &c.<sup>9</sup>

Francia y, en concreto, París será, dentro del itinerario de nuestro autor, así como del de los viajeros que protagonizaron el “Gran viaje” a Europa, el espejo en el que todo proyecto reformista español debía de fijar sus ojos. La ciudad de las Luces se convierte pronto en la gran panacea en la que las mentes ilustradas españolas depositarían su confianza para atajar el gran retraso en que nuestro país se veía envuelto desde los últimos tiempos de los Austrias, y que quería ser superado por la nueva dinastía borbónica desde Fernando VI hasta Carlos III (Gómez de la Serna, 1974: 74). Son múltiples las alabanzas al desarrollo de la capital francesa en autores españoles que veían en ella un gran despliegue cultural. Ignacio Luzán apuntaba a mediados del siglo XVIII: “No creo adular á una Nacion, ni agraviar á las demás, si digo, que París es el centro de las Ciencias, y Artes, de las bellas Letras, de la erudicion, de la delicadeza, y del buen gusto” (1751: 2). Diego Alejandro Gálvez, cuatro años más tarde, la considera como “un nuevo mundo, y [una] de las más potentes y brillantes ciudades del universo” (*apud* Aguilar Piñal, 1961: 35). El mismo Viera confiesa en una de sus cartas al marqués de San Andrés su impresión ante esta Atenas del mundo moderno:

[...] estaba yo mas bien hallado y mas gustoso en medio de los encantos de Paris, rodeado de las Ciencias, y de las Artes, de la opulencia y de la industria; conocido de los Filosofos, las Damas, los Señores y los Artistas; solicitando de las diversiones, los placeres, las Musas y las Gracias; pensando con los hombres que piensan, sintiendo con los que tienen sentimientos, viviendo en el país donde se vive, y creyendome ser alguna cosa, al verme en un mundo donde todo parece grande y micromega [...] <sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Carta escrita en Hortaleza, fechada el 31 de Agosto de 1781, en *Copiador de algunas cartas familiares, escritas por D. José Viera y Clavijo*, tomo I, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife [R.S.E.A.P.T.], RM 95(10/395), fol. 44v.

<sup>9</sup> *Ibid.*, fols. 8r-9r.

<sup>10</sup> Carta escrita en Valencia, el 22 de octubre de 1778, en *Cartas de Viera al Marqués de San Andrés*, ms. autógrafa, R.S.E.A.P.T., RM 114 (20/8), fol. 128r.

El entusiasmo de nuestro autor por toda la cultura francesa, como el que manifestaron en mayor o menor medida los intelectuales españoles de su época, acaba modelando su incondicional reconocimiento de las excelencias de todo lo francés, y “Su espíritu crítico abandona su sólita exigencia, cuando se trata de juzgar las cosas de Francia” (Cioranescu, 1954: 213). En el *Diario de viaje*, esta admiración se somete al tamiz de la contención, desdibujándose ese deslumbramiento de la superioridad francesa en una descripción de leves pinceladas, que por sí sola podría conllevar a ciertas oquedades interpretativas. La correspondencia que Viera mantuvo durante y después de su viaje es, desde esta óptica, en gran medida, un complemento valiosísimo de las impresiones de su periplo europeo (Galván González, 1999: 63) que, por desgracia, no ha contado por parte de los estudios actuales con toda la atención y el rigor filológico que se le debe a esta importante producción del polígrafo canario, quizás porque en ella nuestro autor se hace más mordaz contra los “plátanos y membrillada” con las que caracterizó el “Turbillon” de (in)cultura canaria<sup>11</sup>.

Las causas de esta ausencia de crítica y frialdad descriptiva en el *Diario de viaje* de Viera y Clavijo, que relativiza y hace más compleja la tradicional opinión sobre la plasmación de la ideología personal del viajero en el fondo del relato de viaje, han sido analizadas por la crítica especializada vinculándolas a varios factores como la concepción viajera ilustrada, una autocensura impuesta por la ideología de los acompañantes de nuestro autor, así como el deseo de “participar en aquella vida cultural parisina, tan brillante y elegante, sin necesidad de identificarse ideológica y filosóficamente con los sectores más significativos e innovadores de la misma” (Ríos Carratalá, 1995: 270), evitando, en todo caso, la apariencia de caer en el asombro ante el deslumbramiento del gran mundo. También se ha argüido el hecho de una redacción del *Diario* sometida a las cortapisas de la censura oficial y al temor de las repercusiones de la acción del Santo Oficio, habiendo conocido Viera, desde su etapa en la ciudad de La Laguna, las consecuencias reprobatorias de la Inquisición (Anaya Hernández, 1997: 165-196). Habría que tener en cuenta además otro factor, en este caso de índole textual, que posiblemente interviniera en esta múltiple y compleja causalidad: el comienzo de los títulos de sus obras de viaje por Europa –*Apuntes del Diario, é Ytinerario de mi viaje a Francia y Flandes y Extracto de los Apuntes del Diario de mi viaje desde Madrid a Ytalia y Alemania*– podría llevar a pensar en el hecho de que su autor tuviera la idea de una redacción posterior más detallada y amplia en la que incorporaría otros detalles de impresión que, en su momento, no dejó reseñados por considerarlos, de acuerdo con la concepción viajera de la época, menos relevantes que los datos descriptivos de monumentos, iglesias, postas, “decencia” de posadas, etc. Lo cierto es que esa hipotética redacción ulterior nunca llegó a materializarse, pudiéndose pensar, con cierta lógica, que nuestro polígrafo no tuvo tiempo para ello, por hallarse, a la sazón, enfrascado en otros quehaceres científicos y de traducción, a los que dedicaría su tiempo en la última etapa de su vida en Gran Canaria (Galván González, 1996b y 2002). Esta conjetura, que en nada contradice a las antecedentes, podría estar avalada, por ejemplo, en el remozamiento que Viera hace de sus textos viajeros, enmendando errores

---

<sup>11</sup> Vid. carta escrita en Madrid el 5 de marzo de 1782, dirigida a Domingo de Iriarte, por entonces, ministro plenipotenciario de España en Polonia, en *Copiador...*, ms. cit., tomo II, fols. 4v-6r, R.S.E.A.P.T, y carta al marqués de Villanueva del Prado, desde Gran Canaria, fechada el 3 de abril de 1788, *ibid*, fols. 53r-55v.

cometidos o actualizando datos (Padrón Fernández, 2006: cxi-cxii). Además, si tenemos en cuenta que la propia *Historia de Canarias*, desde el punto de vista de la concepción programática en que su autor la había concebido en un principio, es igualmente una obra inacabada (Cioranescu, 1981), esta posibilidad que apuntamos tendría que ser considerada dentro de las causalidades conjeturales que conforman la génesis descriptiva del texto que analizamos.

Por otra parte, dentro del marco de las relaciones culturales entre España y Francia, conviene resaltar la postura que adopta Viera y Clavijo en un momento decisivo para las letras hispánicas, pues a raíz de la proclamación de ciertas críticas que, nacidas de la leyenda negra española, afirmaban la nula aportación de nuestro país al pensamiento europeo, surge una conciencia de autoafirmación de la cultura nacional, con escritos en defensa de los valores intelectuales patrios. Ello no impidió el seguir valorando positivamente el desarrollo económico, industrial, científico y cultural de Francia, sobre todo, por la gran difusión que el país vecino hacía de los grandes progresos del siglo. Desde este punto de vista, la literatura de viaje hispánica, especialmente la referida a la descripción de tierras francesas, toma especial relevancia en este proceso dialéctico, pues asumiendo explícita o implícitamente el innegable atraso que sufría nuestro país, pone de manifiesto todas sus aspiraciones a la aplicación en España de los mismos mecanismos de desarrollo intelectual generado en Francia, que la habían conducido a alcanzar la supremacía cultural europea<sup>12</sup>. Los escritores que realizan su *Grand Tour* al país de las Luces reconocen las excelencias de este nivel de progreso, siempre y cuando no implique, por oposición, un ataque furibundo contra nuestro país. Las palabras de Diego Alejandro Gálvez son bastante ilustrativas al respecto:

Los franceses es una nación de grande mérito; su aplicación a las Ciencias, y los grandes progresos en ellas, su admirable gobierno, el vasto y ventajoso comercio que hacen, sus muchas y bellas fábricas, su política y modales; y en cuantas cosas buenas se ven en este reino, les hace recomendables, ocupando uno de los primeros papeles entre las naciones más cultas de Europa. Pero están tan persuadidos por no decir han dado en la locura, de que todas sus cosas exceden con ventajas a las de todas las naciones juntas. Tan satisfechos están de París, que les parece no hay en el Universo otra que le exceda en tamaño... Nada hay bueno sino París y su Francia. Por lo que respecta a España, la miran con la mayor bajeza y desprecio, y aún creen que todos los españoles son ignorantes; y llegó a tanto que hubo quien nos preguntó si eran católicos los españoles. Francés ha habido tan insolente que preguntó a otro español si España era tan grande como París... Dejo esto y sólo digo que el español que corriere este país debe armarse de paciencia y enmudecer a innumerables necedades que oirá (*apud* Aguilar Piñal, 1961: 36).

---

<sup>12</sup> En este sentido ya Luzán afirmaba que “siempre que en cualquiera otra parte se echen los mismos cimientos, se pongan los mismos medios, y concurran las mismas causas, se conseguirán los mismos progressos, y las mismas ventajas” (1751: 3). De igual forma, el duque de Almodóvar escribía en su viaje de 1780: “Nosotros como vecinos y poseedores de aquellos principios que han ilustrado estos dos últimos siglos, tenemos un urgente y vivo interés en saber el estado actual de la literatura francesa para calcular el de la nuestra; conocer la parte de nuestros antiguos derechos, que hemos ido conservando sucesivamente, y la que nos falta; acercarnos al nivel de nuestros vecinos, o al centro sobre cuyo eje rueda la circulación literaria; y buscar los medios de conservar aquella parte, de adquirir estotra, y de volver dar la tensión y fuerza que corresponde a los muelles que tanto se han relajado, y son causa de la vergonzosa decadencia que palpamos” (1781: Prólogo al lector).

Si bien Viera y Clavijo participaba en la idea del progreso de España a través del ejemplo francés, no desarrolla en su *Diario de viaje*, a diferencia de otros viajeros, el carácter apologético que caracterizó a la literatura hispánica de finales del s. XVIII. Frente a unas descripciones contrastivas España / Francia de Ponz o de Gálvez, que muestran una intensa defensa de lo español, Viera permanece en la admiración de lo francés, aunque no por ello deja de mantener una preocupación por la pobreza cultural, social, material y económica a la que estaba sometida nuestra nación. Así en una carta al doctor Casimiro Gómez Ortega podemos leer el cotejo de ambas realidades:

Con efecto, estamos en París y usted bien sabe cuanto grande y bueno y opulento se compone bajo este nombre. Somos testigos de los asombrosos adelantos de esta Nación en ciencias y artes. Nos encontramos con innumerables sujetos que cultivándolas, instruyen á un pueblo ya bastante instruido. Volvamos los ojos hacia nuestra tierra, hacemos la triste comparación buscamos el modo de consolarnos...<sup>13</sup>

Ello no quiere decir que Viera no interviniera ideológicamente en defensa del hispanismo defensivo de nuestros ilustrados, frente a los ataques contra la cultura española que se sucedían en Europa. Sabemos, por la correspondencia posterior que Cavanilles mantendría con nuestro autor, que el clérigo canario aportó datos al botánico valenciano para que éste compusiera sus *Observations sur l'article "Espagne"* (1784) contra los ataques de Masson de Morvilliers<sup>14</sup>. En algunas cartas del propio Viera, por otra parte, podemos apreciar lo que llamaría Feijoo "el amor justo, debido, noble, virtuoso" a la patria<sup>15</sup>, en afirmaciones en las que se lamenta del desconocimiento que tienen los franceses de nuestra cultura pero, a la vez, entonando un *nostra culpa*:

Sin embargo, creo que nosotros tenemos mas razon de admirarnos de lo ignorante que están los sábios Franceses de las cosas de la España, que de lo instruido que se hallan en las demás cosas. Herederos de un siglo de brillante literatura, comerciantes de este

---

<sup>13</sup> Se ha puesto de relieve el interés que representa, desde este punto de vista, el contraste descriptivo entre los Diarios de viaje a Europa que escribió nuestro ilustrado con respecto a su *Diario de viaje a la Mancha*, en donde la crítica mordaz e hilarante tan característica de Viera, se hace patente como mecanismo satírico de la miserable realidad de Castilla y por ende de España (Galván González, 1996a: 655-668; 2004: 105-121; y Fabbri, 1993: 135-145).

<sup>14</sup> Vid. carta de Cavanilles a Viera, escrita en París el 6 de enero de 1784, en *Correspondencia de José de Viera y Clavijo*, ms. 82 (1) de la Biblioteca de la Universidad de La Laguna, fol. 70r. Sabemos que esta carta tuvo su contestación en dos misivas de Viera al abate valenciano, pues el 21 de febrero de 1784, le escribe Cavanilles para agradecerle el favor: "Que multitud de noticias encierran sus dos ultimas! y si esto se llama ponerlas calamo currenti, que tal seria la lista si tubiese Vm. tiempo. Ya verá el partido que he sacado de ellas quando llegue ay mi obrita, que concluy el 14 de este» (*ibid*, fol. 74r). También ciertos libros de viajes habían molestado las conciencias de los intelectuales españoles, que salían a la palestra en contra de las mentiras vertidas en ellos. Caso representativo son las *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico* (Lucca, 1766), descripción del viaje realizado por el lombardo Norberto Caimo a nuestro país, entre 1755 y 1756, texto que sería traducido al francés en 1772 por R. de Livoy en el *Année littéraire*, y contra se elevan las crítica de Antonio Ponz. Este ataque contra el "totalitarismo" intelectual de los franceses que rechazan nuestra propia cultura, sería esgrimido por los ilustrados españoles que, sin denostar por ello la francesa, y con un trasfondo de *odi et amo*, irá tomando posturas ideológicamente más extremas a medida que avanzaba el siglo XVIII.

<sup>15</sup> *Teatro Crítico Universal*, 1777, tomo III, discurso diez, § I, 1, p. 223. Seguimos la edición digital de la Biblioteca Feijoniana.

género por interés y profesion, inclinada la balanza del orgullo, del génio, de la moda y de la reputacion nacional ázia esta parte ¿que mucho se hallen casi todos tan adelantados en el gusto y los buenos conocimientos? Pero si es mucho, que siendo nuestros vecinos, nuestros émulos, y nuestras sanguijuelas, solo envídien y sepan, que la España posee muchos millones de pesos. Tal vez tendremos nosotros la culpa. Si fuesemos un poco charlatanes, si viajasemos, si alabásemos nuestras agujas, si escribiesemos Periódicos y Efemérides, aunque fuese á costa de la Inglaterra, la Itália, ó la Alemania, ellos nos conocerían mal; pero alfin nos conocerían. Mas nuestro mucho seso, nuestra constante taciturnidad, nuestra constitucion y nuestra veneranda pereza siempre nos forzará á hacer en medio de la Europa, como un género de vida monacal, inútil, ignorada, y obscura, hasta tanto, que por alguna casualidad imprevista, se monte esta máquina á nivel de las otras<sup>16</sup>.

Esta conciencia del desconocimiento de España y de su cultura por parte de Europa se hace generalizada entre nuestros ilustrados, achacando este defecto a la dejadez de la intelectualidad española por dar a conocer las investigaciones que se desarrollan en nuestro país. Así lo pone de relieve el marqués de Ureña en relación con la difusión de los progresos europeos:

De estas ideas tenemos infinitas en España y me confirmo en la opinión que tenía antes de venir a París, y es que muchos descubrimientos particulares nuestros se quedan en los que los hacen, porque no tienen estímulo a publicarlos o porque no se prometen nada de ellos, o porque los papeles que los publican salen sólo en la capital, excepto lo que las Sociedades pudieran dar a luz. Lo que se hace en Inglaterra, Francia y Alemania vienen en diarios, en las memorias de las Academias y en otros muchos papeles periódicos (1992: 222).

Las más curiosas defensas se dirigían contra aquellas opiniones que consideraban a los españoles como africanos, con todas las implicaciones de estulticia y salvajismo con que en la época se caracterizaba a los habitantes del continente negro. Es representativa la opinión de Gálvez, quien afirma: “Pero lo que no es sufrible es la pintura con que representan a España, principalmente los franceses explican el carácter de nuestra nación tan bajo y miserable que, en su concepto, corremos parejas los españoles con los africanos y otras naciones incultas” (*apud* Aguilar Piñal, 1961: 27). El padre Feijoo, en el capítulo de las “Glorias de España” de su *Teatro Crítico Universal*, ya advertía de esta mala reputación que afamaba a los españoles en la opinión de los europeos: “Regulan a España por la vecindad de la África. Apenas nos distinguen de aquellos bárbaros, sino en idioma y Religión. Nuestra pereza ó nuestra desgracia, de un siglo a esta parte, ha producido este injurioso concepto de la Nación española: error, que el debido afecto a la patria me mueve a impugnar, y es justo salga a este Teatro por tan común”<sup>17</sup>. Y Cadalso, en las “Instrucciones dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes” de sus *Eruditos a la violeta*, afirma en tono irónico: “Si, como es más natural, escogéis todo lo extranjero, y desheredáis lo patriota; comprad cuatro libros franceses que hablen de nosotros peor que los negros de Angola, y arrojad rayos, truenos, centellas y granizo, y aún haced caer lluvias de sangre” (1772: 67).

<sup>16</sup> Carta a Casimiro Gómez Ortega, escrita desde París, el 30 de abril de 1778, en *Copiador...*, ms. cit., tomo I, fols. 14r-15r.

<sup>17</sup> Seguimos para la cita la edición de 1778, tomo IV, discurso trece, § I, 3, pp. 348-349. *Vid.* nota 16.



En este contexto, las comparaciones que los viajeros españoles establecen entre su país y la nación visitada son referencias esenciales para comprender los mecanismos de aprehensión de la alteridad, pues las consecuentes valoraciones que se derivan de los contrastes bidireccionales marcan los puntos de interés en que se cimienta la realidad o la conciencia de la necesidad del progreso extranjero o propio. Desde esta óptica y teniendo presente el rictus apologético que caracterizó la literatura apodémica española de finales de la centuria, las descripciones tendentes a la visión comparativa se transforman casi siempre en un alarde de superación en nuestro país del objeto en cuestión, resaltando, de este modo, los defectos del que se encuentra en la nación visitada, a la vez que, indirectamente, los motivos de excelencia por los que se nos debe considerar también europeos. En Antonio Ponz<sup>18</sup> leemos comparaciones como la del ingreso de París y las Puertas de Alcalá y de San Vicente (1791: 226-227), la de la sillería de Notre-Dame de París con la de la catedral de Toledo, la del jardín de las Tullerías con el del Buen Retiro madrileño (1791: 122 y 124), etc. El marqués de Ureña, aunque en menor medida con respecto a Ponz, hace algunas descripciones contrastivas, como la de la manufactura de San Antonio con la de San Ildefonso en Madrid (1992: 200), o la del Observatorio de París con el de Cádiz (1992: 227). Las comparaciones son de nuevo constante en Gálvez, en esta ocasión con Sevilla, “pues sería muy oscuro si los cotejos se hiciesen con pueblos de quienes se ignorasen sus circunstancias” (*apud* Aguilar Piñal, 1961: 25), justificando tal actitud descriptiva con el siguiente razonamiento: “Como habla en este Itinerario un sevillano, y sevillanos sean los que le han de pasar por la vista, regularmente hago los paralelos, similitudes y cotejos con Sevilla, para hacerlo más comprensible; pues sería muy oscuro si los cotejos se hiciesen con pueblos de quienes se ignorasen las circunstancias” (*apud* Aguilar Piñal, 1961: 28).

Si consideramos, como Claude Morange, que el alarde contrastivo representa en el fondo una separación entre “mirada” y “pensamiento”, en la que el primer elemento escudriña la alteridad y el segundo permanece en los parámetros del país de origen, podremos estimar, al menos con cierta prudencia hipotética y aun teniendo en cuenta las excepciones que puede plantear la casuística, que la mayor o menor aceptación del pensamiento europeo depende del hecho de superar la extrañeza de lo observado, de sintetizarlo con los prejuicios intelectuales, reconociendo finalmente la nueva realidad como superior y asumiéndola con ferviente deseo de integrarla en la propia conciencia. Éste al menos sería el caso de Viera y Clavijo, de quien, en un principio, podría resultar paradójico el hecho de que, a pesar de haber permanecido en Francia más de un año<sup>19</sup> (del 7 de julio de 1777 hasta el 4 de agosto de 1778, pasando en París la mayor parte del tiempo –entre el 13 de agosto de 1777 y el 21 de julio de 1778, si exceptuamos la excursión efectuada a Flandes entre el 16 de octubre hasta el 8 de noviembre de 1777–), dejara escrito en su relato de viaje muy pocas referencias contrastivas entre España

---

<sup>18</sup> Claude Morange señala que las continuas comparaciones que hace este autor entre las dos realidades, la nacional y la francesa apuntan al hecho de que “alors que son regard scrute la réalité française, par l’esprit il ne quitte pas un instant sa patrie” (1996: 242), postura diametralmente opuesta a la visión de Viera y Clavijo, para quien sólo cabe una actitud de reconocimiento y veneración de la cultura europea.

<sup>19</sup> Tiempo considerable si lo comparamos con el de otros viajeros como Gálvez, quien permaneció en la capital francesa sólo 18 días (del 18 de julio al 5 de agosto de 1755) en su ruta hacia Flandes, o Antonio Ponz, que consagró posiblemente unos seis meses para llevar a cabo su viaje fuera de España en 1783, o el marqués de Ureña, quien realizaría su gran viaje a Europa durante año y medio (entre julio de 1787 y octubre de 1788), residiendo en París algo más de seis meses.

(especialmente de Madrid y Tenerife) y el país vecino, apuntando esta circunstancia quizás a su conocida “galomanía”. En concreto, sólo encontramos, en sentido estricto, tres alusiones internacionales:

- 1) Recorriendo el sur de Francia, surge una referencia al paisaje que evoca el recuerdo de los años de permanencia en la tierra natal de nuestro autor:

Una [posta] a *Auberive*; y dos a *Viena* del Delfinado, en cuya posada sobre el río, y al pie de un elevado risco, hicimos medio día. La cordillera de cerros, antes de llegar a esta ciu.<sup>d</sup>, es mui pintoresca; y por sus viñas, arboles frutales, bardas de zarzas, casitas de campo, y peñascos, es mui semejante a las haciendas de la Ysla de Tenerife (26 de julio de 1777, tomo I, fol. 26v)<sup>20</sup>.

- 2) Otra referida a la *performance* litúrgica francesa:

La caída de la capa pluvial, en Francia, arrancaba desde el cuello del Preste, y no de la espalda, como en España (3 de agosto de 1777, tomo I, fol. 34r).

- 3) Y por último, nos encontramos con aquella, esta vez de índole social, que hace alusión a las “poissardes”<sup>21</sup>:

[...] y ya recibieron a la puerta las *Poissardas* ó pescadoras, a la S.<sup>a</sup> Duquesa, presentandola ramilletes de flores, y aplaudiendola con algazara. Estas son unas mugeres mui libres, y decidoras, como las majas de los arrabales de Madrid (13 de agosto de 1777, tomo I, fols. 43v-44r).

También es conveniente hacer notar que en este proceso de admiración de la cultura gala, Viera no recurre solamente a la complacencia silenciosa de la realidad, bastante alejada de las acerosas críticas que conllevan a imprudentes desavenencias, sino que además toda Francia queda sometida en la escritura de nuestro autor al maquillaje de la idealización, como posteriormente ocurrirá con las descripciones de la Italia de los oropeles papales y la Alemania de la retórica del poder de los Habsburgo. Las clases sociales que figuran en su *Diario* son las privilegiadas, la *belle société* francesa, el París es el del “lucido concurso”, el de la aristocracia que asiste a los salones, a cursos científicos, a paseos<sup>22</sup> a los que concurren individuos de noble

<sup>20</sup> Seguimos para las citas el ms. autógrafo de los *Apuntes del Diario, é Ytinerario de mi viage a Francia y Flandes...*, conservado en la Obra Social y Cultural de CajaCanarias.

<sup>21</sup> Al ser pocas también las alusiones a las clases sociales bajas francesas, resalta esta referencia, como posteriormente, en su *Diario de viaje desde Madrid a Italia*, la de los *lazzaroni* napolitanos (Padrón Fernández, 2006: 145-146), ya que Viera no suele reseñarlas en las descripciones de sus itinerarios europeos en los que, por la noble compañía de nuestro autor, el trato social se centra en individuos de la nobleza francesa e italiana, así como en artistas, intelectuales y científicos. Sobre las “poissardes” señala el duque de Almodóvar: “*Poissarde* o *Harangere*, en París viene a ser la mujer revendedora de pescado, &c. Esta voz trae su origen del arenque, y no sólo se ha extendido después a todo lo que es vender pescado sino también a toda especie de verdura, legumbre, &c. y la palabra *poissarde* equivale también a puerca, y es la palabra que las *arenqueras* se dicen por injuria, como en Madrid las verduleras otras equivalentes” (1781: 274).

<sup>22</sup> Hay que tener en cuenta que en estas *promenades* por los jardines públicos quedaba prohibida por entonces la entrada a pordioseros y gente de humilde extracción, con lo que la realidad vivida por nuestro autor redundaba en su idealizada consideración de la sociedad francesa. Así lo confirma el marqués de

estampa. También los burgueses, los enciclopedistas (D'Alembert, Voltaire, Condorcet), los científicos (Sigaud de La Fond, Sage y Valmont de Bomare) y los artistas (Greuze, Fragonard, Quentin de La Tour, Lépicié, etc.) deambulan por las páginas de *Diario de viaje*, con la admiración implícitamente reconocida de su autor ante el nivel intelectual alcanzado por estos personajes representativos de la intelectualidad francesa y, por extensión, europea. En esta idea de sublimación cultural debemos enmarcar el embellecimiento descriptivo del paisaje urbano, sobre todo del parisino. La dejadez que caracterizaba algunos barrios nauseabundos de la capital francesa, como la zona de los mercados (por entonces, auténtico muladar de inmundicias), queda sometida al tupido velo de un omnipresente espíritu de pulcritud, que se opone a las opiniones de otros viajeros como la del abate Cavanilles, quien tras una estancia en Athis, le acaba confesando con cierta desilusión a su amigo Viera:

Amigo y dueño mio: ya se verificó nra. buelta á esta babilonia, y hemos dejado la pureza y diversion de Atis por la imundicia de Paris: que puerca, obscura y desagradable la he encontrado! Como yo no voy á ningun espectaculo, ni tengo mas comercio que con mi calle y un par de Yglesias que descubro desde la puerta, me veo en la precision de apechugar con libros y papeles hasta artarme<sup>23</sup>.

En suma, la curiosidad enciclopédica que rezuma todo el *Diario de viaje a Francia*, el interés científico que predomina en la obra, la complacencia de verse su autor rodeado de las grandes figuras del pensamiento europeo, a pesar de soslayar elementos críticos de índole político-social y plantear una visión cosmética de la realidad, acaban moldeando definitivamente el pensamiento afrancesado –en el amplio sentido del término– de Viera y Clavijo que, desde sus orígenes formativos, había sentido una gran admiración y predilección, ajenas a los simples dictados de una antojadiza moda, por el movimiento cultural de la Ilustración que se desarrollaba a la sazón en Europa y que, heredero del Renacimiento, afirmaba, con destellos galos, la universalidad del saber. Todo apunta, a resultas de la lectura del *Diario de viaje* y de su correspondencia, a que la fascinación ejercida en nuestro autor por Francia y sobre todo por su capital, ese *tout Paris* culto, lujoso, refinado y alegre, viene a señalar el cénit de este proceso formativo. No en vano, con la marcha de nuestro autor, el 21 de julio de 1778, de la ciudad de las Luces, “con sentimiento y tiempo lluvioso”<sup>24</sup>, comentará el duque del Infantado, “con aquella ingenuidad castellana, que sobresalía entre sus prendas”<sup>25</sup>: “D.<sup>n</sup> Joseph Viera ha sentido mucho el dejar París, pues le gustaba mucho, y se hallaba muy bien”<sup>26</sup>.

---

Ureña: “Como no entran carruajes ni populacho (y éste solamente en ciertos días), hay una lucida y numerosa concurrencia y repartidas infinitas sillas de nea, que se alquilan a todo el que llega, donde con toda comodidad unos leen, otros hablan, otros toman café o helados. Las damas hacen labor y los niños saltan y juegan por el césped, de modo que es un excelente recurso para pasar muchas horas sin sentir” (1992: 187).

<sup>23</sup> Carta escrita el 27 de noviembre de 1779, en *Correspondencia de José de Viera y Clavijo*, ms. cit., fol. 22r.

<sup>24</sup> *Apuntes del Diario, é Ytinerario de mi viaje a Francia y Flandes...*, ms. cit. tomo II, fol. 80r.

<sup>25</sup> Carta al marqués de Santa Cruz, escrita desde Gran Canaria, el 19 de agosto de 1790, en *Copiador...*, ms. cit., Museo Canario, tomo III, fol. 19r.

<sup>26</sup> Carta del duque del Infantado al conde de Fernán-Núñez, fechada el 25 de julio de 1778, A.H.N., Nobleza, Fernán-Núñez, ms. cit., nº 47.

**Bibliografía**

- AGUILAR PIÑAL Francisco (1961). “De Sevilla a Flandes en el siglo XVIII. Don Diego Alejandro de Gálvez y su *Itinerario Geográfico*”. *Archivo Hispalense*, tomo XXXIV, número 105, 9-56.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA Pedro (1995). “Los libros de viajes y las utopías en el XVIII español”. *Historia de la literatura española. Siglo XVIII (II)*, ed. por Víctor García de la Concha, 7, 682-719. Madrid: Espasa Calpe.
- ALMODÓVAR Duque de (1781). *Década Epistolar sobre el estado de las letras en Francia*. Madrid: Antonio de Sancha.
- ANAYA HERNÁNDEZ Alberto (1997). “Los problemas de son Josef de Viera y Clavijo con la Iglesia y la Inquisición canaria”. *Anuario de Estudios Atlánticos* 43, 165-196.
- ANDRÉS Juan (2004). *Cartas familiares: viaje de Italia*, ed. de Idoia Arbillaga y Carmen Valcárcel, dirigida por Pedro Aullón de Haro. Madrid: Editorial Verbum.
- ARTEAGA Y FALQUERA Cristina (1940). *La casa del Infantado cabeza de los Mendoza*, tomo II. Madrid: Duque del Infantado.
- CADALSO José (1772). *Los eruditos a la violeta*. Madrid: Sancha.
- CIORANESCU Alejandro (1954). “Viera y Clavijo y la cultura francesa”. *Estudios de Literatura española y comparada*, 207-248. La Laguna: Universidad de La Laguna.
- CIORANESCU Alejandro (1981). “Viera y Clavijo frente a la historia”. *Diario de Avisos*, 29-12-1981.
- CLAVIJO Y FAJARDO José (1762-1767). *El Pensador*, 7 tomos. Madrid: Imprenta de Joachin Ibarra. Edición facsimilar (1999) con prólogo de Yolanda Arencibia. Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria – Cabildo de Lanzarote.
- Correspondencia de José de Viera y Clavijo*, ms. 82 (1) de la Biblioteca de la Universidad de La Laguna. De estas cartas de Antonio José Cavanilles a Viera y Clavijo hay una edición moderna, llevada a cabo por Alejandro Cioranescu (1981). *Cartas a José Viera y Clavijo*. Santa Cruz de Tenerife: Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife.
- FABBRI Maurizio (1993). “Un buen pretexto para hablar de José Viera y Clavijo. Los diarios de sus viajes por España y Europa”. *EntreSiglos* 2, 135-143.
- FABBRI Maurizio (1996). “Literatura de viajes”. *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, ed. por Francisco Aguilar Piñal, 407-423. Madrid: Trotta-CSIC.
- FEIJOO Benito Jerónimo (1777 y 1778). *Teatro crítico universal*. Madrid: Pantaleón Aznar (tomo III) y Blas Román (tomo IV). Seguimos la edición digital de las *Obras* de Feijoo que figuran en la Biblioteca Feijoniana del Proyecto de Filosofía en Español (en línea <http://www.filosofia.org/bjf/bjft000.htm>).
- FERNÁNDEZ DE MORATÍN Leandro (1991). *Viage a Italia*, edición crítica de Belén Tejerina. Madrid: Espasa-Calpe.
- GALVÁN GONZÁLEZ Victoria (1995). “La imagen de París en las letras hispanas del siglo XVIII: un diario de viajes de José Viera y Clavijo”. *Philologica Canariensis* 1, 93-103.
- GALVÁN GONZÁLEZ Victoria (1996a). “Los diarios de viaje de José de Viera y Clavijo (1731-1813)”. *El mundo hispánico en el siglo de las Luces*, 655-668. Madrid: Editorial Complutense.
- GALVÁN GONZÁLEZ Victoria (1996b). “La poesía imitada de José de Viera y Clavijo”. *Anuario de Estudios Atlánticos* 42, 519-557.
- GALVÁN GONZÁLEZ Victoria (1999). *La obra literaria de José de Viera y Clavijo*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo de Las Palmas de Gran Canaria.
- GALVÁN GONZÁLEZ Victoria (2002). “La poesía traducida de José de Viera y Clavijo”. *Dicenda* 20, 73-103.

- GALVÁN GONZÁLEZ Victoria (2004). “Una mirada a la España dieciochesca: el diario de viajes de Viera y Clavijo a La Mancha”. *La estirpe de Telémaco. Estudios sobre la literatura y el viaje*, ed. por Petra-Iraides Cruz Leal y José Ismael Gutiérrez, 105-121. Madrid: Betania.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ Carlos (1997). *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XVIII)*. Madrid: Ollero & Ramos.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ Carlos (2004). *Diccionario de viajeros españoles: desde la Edad Media a 1970*. Madrid: Ollero y Ramos.
- GÓMEZ DE LA SERNA Gaspar (1974). *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ Manuel (2004). *Los conventos de La Orotava*. Santa Cruz de Tenerife: Idea.
- INFANTADO Duque del (1778). *Correspondencia con Fernán Núñez*. A.H.N., Nobleza, Fernán-Núñez, leg. 787/4.
- LUZÁN Ignacio (1751). *Memorias literarias de París. Actual estado y methodo de sus estudios*. Madrid: Imprenta de Gabriel Ramírez.
- MARAÑÓN Gregorio (1959). Prólogo a Víctor de la Serna. *Nuevo viaje de España*. Madrid: Prensa Española.
- MILLARES CARLO Agustín, Manuel HERNÁNDEZ SUÁREZ (1992). *Biobibliografía de escritores canarios (siglos XVI, XVII y XVIII)*, tomo VI. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo insular de Gran Canaria.
- MORANGE Claude (1996). “Le voyage en France d’Antonio Ponz ou l’Espagne au coeur”. *L’image de la France en Espagne pendant la seconde moitié du XVIII<sup>e</sup> siècle*, ed. por Jean René Aymes, 241-255. París: Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert” – Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- PADRÓN FERNÁNDEZ Rafael (2006). *Diario de viaje desde Madrid a Italia*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios – CajaCanarias.
- PAGEAUX Daniel-Henri (1966). “Nature et signification de la gallomanie dans l’Espagne du XVIII<sup>ème</sup> siècle”. *Actes du IV<sup>e</sup> Congrès de l’Association Internationale de Littérature Comparée (Friburg, 1964)*, II, 1205-1220.
- PONZ Antonio (1791). *Viage fuera de España*, tomo I. Madrid: Imprenta de la viuda de Ibarra. Hay edición moderna de 1989. Madrid: Aguilar.
- RÍOS CARRATALÁ Juan Antonio (1989). “Dos abates empolvorados en París”. *Canelobre* 16, 97-104.
- RÍOS CARRATALÁ Juan Antonio (1995). “Cavanilles y Viera y Clavijo en París”. *Estudios Dieciochistas en Homenaje al profesor José Miguel Caso*, II, 267-276.
- ROMÉU PALAZUELOS Enrique (1977). *La tertulia de Nava*. La Laguna: Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna.
- SARRAILH Jean (1992). *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- “Librería del Exmo. S.<sup>or</sup> Marqués de Santa Cruz (que en paz descansa) que existe en su casa”. *Testamentaría del IX marqués de Santa Cruz*, Archivo Santa Cruz, caja 217, exp. 1.
- UREÑA Marqués de (1992). *El viaje europeo del marqués de Ureña*, estudio, comentarios y notas de María Pemán Medina. [Cádiz]: Unicaja.
- VIERA Y CLAVIJO José. *Copiador de algunas cartas familiares, escritas por D. José Viera y Clavijo*, ms. autógrafo, tomo I y II (R.S.E.A.P.T.) y tomo III (Museo Canario). Hay edición parcial de estas cartas, efectuada en 1849: *Cartas familiares escritas por don José Viera y Clavijo á varias personas esclarecidas, por sus dignidades, clase, empleos, literatura ó buen carácter de amistad y virtud*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta, litografía y librería Isleña. En 1984, A. Luque Hernández realizó una selección de esta correspondencia: *Cartas de don José de Viera a diversas personalidades*. Santa Cruz de Tenerife: Goya. Tenemos noticia de

que el profesor Rafael Fernández Hernández, de la Universidad de La Laguna, está realizando actualmente una nueva edición de esta colección de cartas.

VIERA Y CLAVIJO José. *Cartas de Viera al Marqués de San Andrés*, ms. autógrafo, R.S.E.A.P.T., RM 114 (20/8).

VIERA Y CLAVIJO José (1777-1778). *Apuntes del Diario, é Ytinerario de mi viage a Francia y Flandes...*, ms. autógrafo. Obra Social y Cultural de CajaCanarias. Hay edición de 1849 (Santa Cruz de Tenerife: Imprenta, Litografía y Librería Isleña).

VIERA Y CLAVIJO José (2004). *Memorias*. Santa Cruz de Tenerife: Idea.